

Otra vez es navidad. Otro año que se convierte en pasado. Para todos nuestros amables lectores unas felices fiestas.

A continuación un pequeño escrito acerca de nuestra cotidianeidad.

Impresiones de un turista extranjero, de paso por cualquier ciudad colombiana. Traducción al español.

Aeropuerto de cualquier ciudad colombiana, cualquier día del año.

Querida Abigail. Te escribo escondido en un cuarto del hotel de esta ciudad cafetera de Colombia. Debido a mis imprudentes observaciones, debí salir corriendo de la Terminal de pasajeros del aeropuerto de esta hermosa ciudad, huyendo despavorido de una furiosa multitud que se proponía lincharme. Ello no fue posible, debido a circunstancias que paso a relatar. Y todo por no conocer las costumbres de este pueblo.

Como recordarás, entre mis planes turísticos al venir a Colombia, una de las actividades que mayor interés me despertaba era la de conocer de

cerca la cultura del café. El operador turístico en la ciudad donde tú y yo vivimos (se omite el nombre de la ciudad y el país por razones de seguridad), me prometió que dentro del plan que compré estaba la opción de visitar una auténtica hacienda cafetera, recoger con mis propias manos los granos de café del mismo árbol y procesarlos, hasta verlos convertidos en una deliciosa tasa de café de Colombia. Sabes de mi afición por esta maravillosa bebida, y por ello acepté embarcarme en este viaje que casi me cuesta la vida. No te preocupes, el médico del hotel, en donde estoy registrado con el discreto nombre de Juan Valdés, me asegura que mis lesiones no son tan graves y que pronto podré caminar sin bastón. Me preocupan más los rumores de su sociedad con el empresario de pompas fúnebres de la ciudad, lo cual hasta ahora no ha sido desmentido por ninguno de los dos.

Resulta que al llegar al aeropuerto de esta ciudad me encontré con la más abigarrada y variopinta multitud de personas que jamás haya visto reunida. Había tal colección de gente de todas las edades, razas, colores,

vestiduras y actitudes, hasta el punto que llegué a pensar que se dirigían al Carnaval de Barranquilla, el otro evento ofrecido en el punto 26 del catálogo de viaje por Colombia.

Este fue el primero de los muchos errores de apreciación que cometí en el día de hoy, y que me tienen escribiéndote con el único dedo de la mano derecha que puedo doblar. Los demás estarán fuertemente entablillados hasta nueva orden médica.

Te contaba que me encontré con esta multitud, a la cual -por un muy explicable error de mi parte- confundí con una comparsa. Había de todo: para comenzar, una niñita de unos seis años que, sin ofender a nadie, me hizo recordar al perrito gozque que adoptamos el año pasado. No por su fidelidad ni por sus atributos como compañero, sino por ser el producto de unas 16 razas semi puras. Tú sabes más que nadie que a mi no me incomoda el color de las personas y que siempre hemos considerado el racismo como una forma de subdesarrollo mental. Pero, en mi condición de antropólogo aficionado y empírico, no pude menos que notar el cocktail de

rasgos y fenotipos de esta criatura: nariz chata, piel entre oscura y beige, mirada indígena, estatura de pigmeo y unos crespos en su pelo azabache que ya hubiera querido tener Shirley Temple cuando era estrella infantil de cine, allá por la mitad del siglo pasado.

La versión latina de ricitos de brea iba fuertemente asida a las faldas de quien, a juzgar por la diferencia de edad, debería ser su abuela. Esta era idéntica a la niña, salvo porque sus trenzas, en una especie de salto genético, lucían más naturales y rubias que las de su nieta. Y digo salto genético, por que más tarde apareció su madre, quien ostentaba todos los atributos dignos de una diosa del celuloide, incluidas algunas protuberancias silicónicas más o menos bien distribuidas por todas partes de su no tan esbelto cuerpo. Su cabello era evidentemente rubio, pero, como dato curioso, tenía las raíces teñidas de negro. Unos labios gruesos que, tratando de ser sensuales, se asemejaban a los tuyos cuando en aquella excursión en Wisconsin fuiste picada por una abeja en la boca. Usaba lentes de contacto que hacían juego con el color de sus largas, increíblemente largas

uñas. No voy a demorarme en describir su vestimenta, ya que el recuerdo de la desafortunada combinación de colores, la falta de cálculo al elegir las tallas y, sobre todo, la total ausencia de coordinación, hace que se me agrave el dolor de los chirlos que tengo en la parte superior del cráneo, consecuencia según la Policía de la tanda de botellazos que recibí cuando ya estaba inconsciente en el suelo.

La cronología no me cuadraba. La abuela con rizos, la hija con pelo liso y la nieta otra vez con rizos y con colores alternados de igual manera, me hicieron suponer que se trataba del trabajo de algún artista del disfraz, quien se había ganado a pulso sus honorarios profesionales con este grupo.

Había además una enorme, ruidosa y desaforada cantidad de niños entre los 2 y los 12 años, vestidos igualmente para la ocasión, dedicados a convertir el pasillo del pequeño aeropuerto en un campo de batalla y de juegos. Sus jeans extrañamente cortos, sus zapatillas de tenis exageradamente grandes y coloridas, sus cortes de pelo salidos de la peor pesadilla de un peluquero del ejército, ayudaban a crear esa atmósfera irreal que

envuelve a los grupos de personas en trance de carnaval.

También había niñas y adolescentes, férreamente conectadas a sus cepillos para el cabello y a sus teléfonos celulares, tomándose fotografías las unas a las otras, en todas las poses y combinaciones de grupos y subgrupos imaginables.

Caballeros de mediana y no tan mediana edad, con rostro y andar circunspectos, parecían ser los guardianes derrocados de semejante caterva de seres en estado de total desorden. Sus zapatos y sus jeans eran exactamente iguales a los de los niños: una confusa mezcla del estilo "Capri" que tanto le gusta a las señoras en La Florida, pero más anchos de arriba abajo que las faldas que se usaron en los sesentas. Si bien se daban aires severos, era evidente que se encontraban dominados por el mismo sentimiento de ansiedad y expectativa que los demás.

De pronto, como una aparición, surgió de la nada el personaje que le faltaba a este grupo. Entre el clamor y las venias de la multitud, ascendió majestuosamente del nivel inferior del aeropuerto, en donde seguramente se encontraba

gestionando su pase de abordar, la manifestación de poder divino sobre la tierra, la confirmación de que todo es posible en materia de mal gusto. Con aires de diva de los setentas llegó al grupo, convenientemente escondida detrás de un indescrutable par de anteojos negros de ancho marco de pasta blanca con estrellas brillantes, el mayor desafío a mi muy elogiada capacidad de descripción. Trataré de hacerlo, sin caer en el lugar común ni en el ridículo.

Alta no era. Flaca, mucho menos. ¿Rubia? De vez en cuando, seguramente. ¿Edad? ¡Me rindo! En síntesis, era una mujer de entre 18 y 58 años de edad, más o menos; contextura muy gruesa, la cual trataba de enfundar en unos jeans de imitación de marca famosa, evidentemente 3 tallas menor que la suya (vaya uno a saber qué recursos hubo de emplear para forrarse en ellos, sobre todo por la evidente y exagerada cirugía de aumento de glúteos que portaba con desparpajo); camiseta de estoperoles de vidrio, a la moda de los raperos del Bronx allá a finales de los años 80; tacones tipo aguja, desbordados por delante por 4 o 5 dedos regordetes y por detrás por un talón que a la legua

mostraba signos de un evidente y no muy lejano pasado de caminar descalzo. Esta presentación se complementaba con cartera de color fuerte, celular de marca, aretes de aro más grandes que el óvalo de la cara, maquillaje que habría hecho sonrojar a Ágata Ruiz de la Prada y un aire de gran señora que cobijaba y desbordaba a todos los presentes, envolviéndolos con un halo de luz.

Así que esta es la directora de la comparsa, pensé para mis adentros. ¡De modo que toda la función está montada a su alrededor! Para no perderme detalle, me fui acercando poco a poco al grupo, hasta quedar sentado en una silla al lado de donde uno de los gnomos infantiles trataba con denuedo de destruir el forro de cuero artificial de su asiento, bajo la mirada beatífica de la abuela de Shirley Temple. Mi español no es muy fluido, así que me quedé sin comprender el significado de la expresión "tesequietomijo", que de tanto en tanto y sin ningún éxito en cuanto a la modificación de su vandálica conducta, la matrona de los rizos lanzaba contra el pequeño Atila.

Ya ubicado en mi estratégica posición, me concentré en tratar de escuchar y de traducir lo que escuchaba, proveniente del grupo. Al parecer, esta era la matriarca de toda la familia y su única proveedora, tanto económica como de consejos para la vida. Al lado de copiosas peticiones de regalos, dinero o promesas de ambos, la diva repartía sabias recomendaciones para un mejor vivir.

Los menores no tenían inconveniente en abordar de manera directa a la mujer. Las mujeres, sin importar su edad, utilizaban tácticas más o menos recatadas para hacer escuchar sus sablazos. En cambio, en las órbitas exteriores, los hombres adultos seguían su curso, a la espera de un golpe de la casualidad que los pusiera en cercanías a este astro luminoso - por el maquillaje- a quien dirigirle sus súplicas. Sus rostros evidenciaban cierto dejo de envidia, de pesar por lo que pudo ser y no fue. El sentimiento evidente era de corrosiva admiración por la viajera, la que vería mundos que ellos, atrapados entre las montañas y fértiles valles cafeteros, solo podrían imaginar a través de los relatos de su afortunada pariente. Que poco o mucho se

supieran de las rentables actividades que ésta realizaba en el exterior, poco importaba. Lo realmente trascendental era que ella se iba, y que ellos se quedaban.

Por fin, los gangosos altavoces del aeropuerto anunciaron la salida del único vuelo internacional del día, sin duda el elegido de nuestra estrella familiar. La conmoción fue mayúscula, parecida a la que posteriormente sufrí en la parte posterior de mi magullado cráneo. Con un rugido creciente, el grupo familiar comenzó a desplazarse, zumbando alrededor de su abeja reina. Miles de voces se superponían, en un ritual que ahora supe que era de adiós. Luego, comenzó la más entretenida, confusa y absurda competencia que haya presenciado en mi vida. Tanto jóvenes como adultos, con la excepción de los planetas de las órbitas exteriores, se esforzaban primero por llorar de manera visible, haciéndolo saber a los demás que observaban y luego comentar exaltados su lacrimógena experiencia con aquellos que no tuvieron ocasión de verla, ni de registrarla en sus cámaras digitales. Pareciera como si la cantidad de lágrimas pudiera tener un efecto benéfico

en el volumen y la calidad de los regalos esperados, porque todos los elegibles para llorar lo hacían de manera abundante.

El panal se movía hacia la puerta de acceso a la sala de espera, lugar en el cual deberían separarse. Este momento marcó el clímax histriónico, formándose un solo coro de lamentos y lágrimas -a cual más falso- que no obstante sirvieron para que la diva de los 70's dejase asomar un par de arroyos de lágrimas coloreadas de negro rímel bajo sus enormes anteojos para sol. Solo la fuerza y determinación del agente de seguridad logró impedir que la multitud se colara hasta la sala de espera, pero ello hizo que la manifestación se trasladase a los amplios ventanales que rodean al segundo piso del aeropuerto, en donde los deudos se apiñaron y contorsionaron, tratando de obtener al menos una visión del lugar en el cual se encontraba el objeto de sus deseos y de su fingido amor.

Sin poderlo evitar, me sumé a la multitud que embadurnaba el vidrio con toda clase de fluidos orales y nasales, y comenté en mi mal español: debe ser horrible que a un familiar lo

extraditen en esas condiciones. Lo lamento!

Lo último que recuerdo fue un grito horrible, el cual todavía resuena en mis delicados tímpanos. Mi español no ha mejorado mucho desde el incidente, pero creo que los abrumados familiares decidieron descargar su dolor contra mí, al acusarme de padecer de una horrible enfermedad venérea.

Antes de caer el suelo, víctima de un traicionero golpe en la sien derecha, recuerdo que uno de los adultos gritó: EXTRADICIÓN??? EXTRADICIÓN??? DIDIER!!! ORLEY!!!! OIGAN A ESTA GON.....

¿Cómo no quedarse a vivir en un país en donde 37 personas (en promedio) van en peregrinaje al aeropuerto a despedir a una? ¿Cuánto cuesta ese desplazamiento?

¿Cómo no apreciar una cultura que rinde tributo de adoración a quien viaja a otro país?

¿Cómo no quedarse a vivir en un país en donde sus 44 millones de habitantes practican cada día las artes escénicas, de manera natural?